

# • **Voz Radical** •

***Para vos.....***

***Hacia un arco Socialdemócrata***

**Boletín Informativo desde Villa La Angostura N° 159**

**Número Homenaje al Dr. Arturo Umberto Illia, a 50 años del golpe a la República**

---

**“Hubo una vez un Presidente que perdimos. No perdamos su memoria ni su ejemplo”.**

**En estos tiempos, en que el Estado fue tomado prisionero por sus propios gobernantes, en la más feroz de las apropiaciones; en estos tiempos en que la basura de la corrupción habida nos salpica a cada paso, en cada investigación, es bueno recordar que hubo otra clase de gobernantes. Los que dejaron su conducta como ejemplo para los tiempos.**

**Lo recordamos con cariño y admiración. Lo recordamos como lo que un hombre y un gobernante deben ser. Gracias.**

---

## Un Gandhi de la política argentina

**Cuando se cumplen 50 años del derrocamiento de este médico austero y honesto, su paso por la presidencia merece ser recordado tanto como su figura, que ha ido creciendo a medida que el país perdía el rumbo.**

*Marcos Aguinis* LA NACION  
JUEVES 23 DE JUNIO DE 2016



Hace medio siglo, cuando un matón de las Fuerzas Armadas que ignoraba las instituciones de la democracia irrumpió a la cabeza de otros forajidos en la Casa de Gobierno para expulsar al presidente de la Nación llamado Arturo Illia, éste, con hidalguía ejemplar le reprochó: "Soy el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y usted un vulgar faccioso que usa sus armas y soldados para violar la ley".

Así ponían fin a uno de los gobiernos más limpios y progresistas del siglo XX. A partir de ese instante la Argentina fue absorbida por un torbellino que la empujó hacia una decadencia que aún nos cuesta remontar.

Illia nació con el siglo, en 1900, en Pergamino. Se recibió de médico en la Universidad Nacional de Buenos Aires, donde inició su pugilato político mediante un abierto apoyo a la Reforma Universitaria de 1918. Su desempeño suscitó el interés del presidente Hipólito Yrigoyen, quien le recomendó mudarse al pueblo de Cruz del Eje, al nordeste de la provincia de Córdoba, para atender a los miles de obreros que trabajaban en sus talleres ferroviarios. Para mantenerse actualizado, viajaba a menudo al Hospital Español de la capital de la provincia. En pocos años sus pacientes se convirtieron en legión. No se limitaba a recibirlos en su estrecho consultorio o atenderlos en los dispensarios, sino que hacía preparar los remedios en las farmacias y los llevaba personalmente a los enfermos que no podían desplazarse. Sin auto, hacía sus viajes en bicicleta, sobre el lomo de un caballo, en sulky o a pie.

Fue uno de los primeros políticos en denunciar el fascismo de Mussolini y el nacionalsocialismo de Hitler. Su palabra serena, pero bien fundada, comenzó a resonar. En 1938 fue elegido diputado provincial. Fue el año en que se producía un avance nazi desenfrenado, con la anexión de Austria y la criminal Noche de los Cristales Rotos. En Buenos Aires tuvo lugar una ensordecedora manifestación nazi en el Luna Park, al tiempo que se celebraba el avasallamiento de todas las instituciones alemanas democráticas de la Argentina. Las manifestaciones de Arturo Illia contra los delitos totalitarios aumentaron su visibilidad y en el año 1940 ganó el cargo de vicegobernador.

El mundo caía bajo la seducción de los totalitarismos. El derrocamiento de Yrigoyen ocurrido una década antes seguía fascinando a las mentes antidemocráticas y estimuló a quienes añoraban otro golpe. El 4 de junio de 1943 estalló el golpe de Estado que propiciaba un franco vuelco hacia el fascismo. Illia fue expulsado. El panorama político se tornó insalubre. Una marchita titulada "Cuatro de junio" debía ser cantada hasta en las escuelas y fue la precursora de la marcha peronista.

Desilusionado y sin recursos, Illia proyectó regresar a Pergamino. De inmediato, se expandió una popular colecta para comprarle una vivienda. Muchos años después, cuando visité esa casa -convertida ahora en un museo- abrí el libro con la lista de los contribuyentes. Me emocionó descubrir el nombre de mi padre, que regentaba una modestísima mueblería. También miré con otros ojos su estrecho consultorio, adonde me llevaban cuando niño. Lo vi más pequeño del que atesoraba mi memoria, así como su dormitorio y comedor. Pero estaba la famosa palangana, una suerte de gorra: allí sus pacientes depositaban los honorarios según les pareciera, y los que no podían pagar se iban con un apretón de manos. Cuando un paciente le informaba que no tenía dinero para comprar la medicina que recetaba, el doctor Illia guiñaba hacia la palangana y decía: "Lleve cuanto necesita".

Pronto fue elegido diputado nacional. Integró el famoso Grupo de los 44. Eran fieros políticos radicales que hacían frente a los abusos del poder, con riesgo de sus vidas. Recuerdo que a veces íbamos a la estación ferroviaria para recibir un pariente de Córdoba y encontrábamos a su esposa, que venía a esperarlo. Ella le confesaba a mi madre sus temores, porque se negaba a proveerse de custodia. Cuando aparecía Illia, además de su maleta, portaba un libro en la mano.

Salteó el lapso que tardó en llegar a presidente de la Nación. El premio Nobel Luis Federico Leloir, que no se caracterizaba por involucrarse en la política, tuvo el coraje de refutar a quienes pretendieron disminuir la herencia de Arturo Illia con estas palabras: "La Argentina tuvo una brevísima Edad de Oro en las artes, la ciencia y la cultura: fue de 1963 a 1966". En efecto, la inversión en Educación que realizó su gobierno fue la más elevada de la historia: la llevó del tradicional 12% al 23. Conformó un gabinete con figuras brillantes, muchas de las cuales integraron después los equipos de Raúl Alfonsín. Tuvo una esclarecida visión sobre las coordenadas de la política mundial y las aprovechó con un ímpetu que parecía contradecir su espíritu pacífico. Ordenó que se exportase sin ningún tipo de limitaciones. Uno de los destinos más riesgosos fue China, que arrojó buenos dividendos y no produjo choques con las potencias que preferían seguir manteniéndola aislada. Avanzó como ningún otro gobierno argentino en la disputa sobre las islas Malvinas, porque consiguió que Gran Bretaña aceptase negociar su soberanía política mientras prosperaban las buenas relaciones con sus habitantes.

Puso en marcha una temeraria ley de medicamentos que lo enfrentó a corporaciones poderosas. En contra de lo pronosticado, Illia volvió a triunfar. También eliminó las proscripciones al peronismo y al comunismo, y promulgó disposiciones contra la violencia racial.

Hizo crecer la economía como nunca antes. El PBI, luego de un retroceso en 1963, creció más del 10% en 1964 y otro 9% en 1965. Lo mismo pasó con el Producto Bruto Industrial, que luego de un retroceso en 1963,

creció un 19% en 1965. Hizo crecer el ingreso de los trabajadores: sólo entre diciembre de 1963 y diciembre de 1964, aumentó un 9,6%. Bajó la desocupación del 9% en 1963 al 5% en 1966. Gobernó sin estado de sitio y fue un celoso defensor de la independencia de los poderes y de la libertad de prensa.

Los éxitos de su gestión austera y dinámica eran saboteados con una hostilidad que ahora resulta increíble, absurda. Había una intención delirante por sacarlo del poder a cualquier precio, y no se entiende por qué. La prensa mejor pensante no valoraba la dimensión de su patriotismo ni su lúcida calidad de estadista. Ramiro de Casasbellas, periodista de Primera Plana que no cesaba de calumniarlo, reconoció tardíamente: "El gobierno de Don Arturo Illia no abusó un milímetro de sus poderes. Al recato de su mando lo denominamos «vacío de poder»; al irrestricto cumplimiento de las leyes, «formalidad democrática»; a la moderación, «lentitud»; a la labor silenciosa y certera, sin autobombos ni desplantes, «ineficacia»; al repudio de la demagogia, «sectarismo»; al ánimo de concordia, «falta de autoridad», y a la severa reivindicación de una doctrina nacional, popular y cristiana, «exigencias de comité». Éramos nosotros los sectarios, los que carecíamos de autoridad".

A veces Arturo Illia salía de la Casa Rosada para tomar un poco de aire, con nostalgia, quizás, de las sierras cordobesas. Evitaba el acompañamiento de los custodios y saludaba a quienes se ponían cerca. Pero ese gesto de humildad fue descalificado por una imagen que se tornó cotidiana, en la que el Presidente aparecía en la Plaza de Mayo con una paloma sobre su cabeza. Otras escapadas las solía hacer al Teatro Colón, para escuchar música clásica desde un balcón lateral, invisible casi.

En la trágica madrugada del 28 de junio de 1966, la Casa de Gobierno fue invadida por militares que, años después -algunos- manifestarían su arrepentimiento. Illia se mantuvo en vigilia para enfrentarlos. Su poder estribaba en la legitimidad de su cargo y le ética de su conducta. Los recibió con dignidad cesárea, los descalificó, los retó. Sin miramientos fue sacado a empujones del despacho presidencial. Cuando llegó a la calle detuvo un taxi y se marchó a la casa de su hermano en las afueras de la Capital Federal. Pese a la campaña de desprestigio que intentaba ensuciar su tarea, no pudo encontrarse un solo cargo de corrupción en todo su mandato, ni siquiera en alguno de sus colaboradores. Renunció a su jubilación de Presidente y, en algunas ocasiones, se puso a trabajar en la panadería de un amigo. Vendió su auto para pagar el tratamiento de su esposa. No abandonó la política, sino que continuó frecuentando a miles de correligionarios que identificaba con nombre y apellido. Como si su trayectoria hubiese sido dibujada con detalles emblemáticos, falleció a comienzos del año en que nuestro país recuperó la democracia. Su carácter, modestia y jerarquía moral lo convierten en el Mahatma Gandhi de la política Argentina.

---

26/06/2016

## **ARTURO ILLIA, UN EJEMPLO QUE INTERPELA**

*Por Héctor "Cacho" Olivera*

El martes, 28 de junio, se cumplen 50 años del derrocamiento del Presidente Arturo Umberto Illia.

La cuatrecada fue encabezada por el militar Juan Carlos Onganía y la bautizaron como "Revolución Argentina". No fue, naturalmente, ni una cosa ni la otra.

Por el contrario, significó un retroceso institucional, económico y cultural propio de quienes la ejecutaron.

Por supuesto que Onganía no vino solo.

Lo flanquearon sus colegas de armas pero también grupos civiles dolidos con una gestión política progresista y activa contra los privilegios y a favor de los sectores más débiles de la sociedad.

Por eso estaban los peronistas, con sus dirigentes sindicales a la cabeza, que montaron un plan de lucha en abierta complicidad con los empresarios.

Otra vez el peronismo mostró su ADN mussoliniano que repugna de la Democracia y no vacila en asociarse con quienes pretendan servirse antes que servir desde el Poder.

Estaba el periodismo dominado por los grupos económicos concentrados que de la mano de personajes de la calaña de Bernardo Neustad, Mariano Grondona o Ramiro de Casasbellas ejecutaron un plan desestabilizante que rindió sus frutos.

El caso de Ramiro de Casasbellas, un desconocido que no registra nadie, es caricaturesco.

Después de ayudar al golpe se arrepintió y pidió disculpas públicas en un artículo que publicó en inglés en el Buenos Aires Heral con el título "Lost horizons", (horizontes perdidos), para terminar finalmente y a modo de fin de su grotesco casado con una hija de Carlos Alconada Aramburú, que había sido Ministro del Gobierno de Illia.

Festearon la aventura antidemocrática los sectores económicos más fuertes, como los laboratorios medicinales, a los que la Ley de Medicamentos instrumentada por el Ministro de Salud Arturo Oñativia los había puesto en caja.

Lo mismo los empresarios extranjeros golpeados con la anulación de los contratos de petróleo.

Con Illia la Educación alcanzó niveles de excelencia que nunca se recuperaron, la Economía creció a tasas del 10 y el 9 % en los años 64 y 65, disminuyó la desocupación y la deuda externa, se estableció el salario mínimo vital y móvil y creció de manera sustancial la participación obrera en las rentas nacionales.

El Dr. Illia había nacido con el siglo XX en Pergamino y a sus 29 años el Presidente Hipólito Irigoyen lo designó médico ferroviario en Cruz del Eje, (córdoba), donde ejerció su profesión al servicio de todos.

Es famosa la anécdota de la palangana en su consultorio donde el que tenía unas monedas las depositaba a modo de pago por la consulta y el que no, sacaba las necesarias para comprar los medicamentos.

Su actividad política en el Radicalismo le permitió ser Senador Provincial y Vice Gobernador electo.

En 1963 asumió la Presidencia de la República.

Cincuenta años después la condición progresista de su Gobierno es reconocida por todos, excepto alguna mente trastornada que nunca falta.

Pero en razón de lo que hoy nos pasa, es mejor poner en la vidriera las condiciones morales de este médico legendario.

No importa tanto analizar tal o cual medida de gobierno de su gestión.

Lo que importa es decir, mejor gritar, que no robó.

Ni él ni sus colaboradores.

Porque los Gobiernos, como los pescados, se pudren por la cabeza.

Don Arturo no usó un solo peso de sus gastos reservados y el día que lo echaron a empujones de la Casa de Gobierno se tomó un taxi y fue a la casa de su hermano, en la calle Prelidiano Pueyrredón de Martínez, porque no tenía ni auto ni casa propia.

Salió con sus bolsillos vacíos pero con su corazón lleno de la fuerza democrática que lo acompañó hasta su último día, en enero de 1982.

Murió en la clínica de un amigo preguntando” ¿quién va a pagar esto?”.

Su serena firmeza, sus convicciones no transables y su modo ajeno a toda claudicación son un ejemplo que debe obligarnos.

Hoy, cuando sale barro de cada baldosa QUE SE LEVANTA, es buen momento para decir y decirnos que no es cierto el intento maldito de esconderse en la muletilla de que todos somos iguales.

Es bueno que lo recordemos los mayores y es mejor aún que lo sepan los jóvenes.

Sobre todo los que se marearon con la copa fácil del populismo totalitario y creyeron un verso que la realidad se ha encargado de desnudar.

Si todos lo hacemos es posible imaginar que podemos salir de la cloaca en que nos dejaron.

Que la Justicia, sin venganza porque no hace falta ante las evidencias tan groseras, meta preso a los ladrones.

Será entonces tiempo de borrar la Historia sesgada que quisieron imponer y descubrir a gente como don Arturo, maestro que enseñó sin gritar, declaró sin mentir y gobernó sin robar.

## **ILLIA**

**Por Santiago Kovadloff – (1983)**

# **UN PRESIDENTE DE TODOS LOS DÍAS**

*No fue un Churchill. Ni un De Gaulle. Ni un Adenauer. No fue un Irigoyen ni un Perón. No despertó el fervor de las masas ni en su palabra palpito la genialidad de un iluminado. Con el no perdimos una personalidad deslumbrante. Ni un orador que nos cautivara. Ni una inteligencia sin par. Perdimos a un hombre bueno.*

**Solo quienes ignoran el sentido medular de esta palabra pueden subestimar lo que ella implica cuando es atributo de un estadista.**

**Una vez a los argentinos nos gobernó un hombre bueno. Ello implica: un ser para quien sus convicciones personales jamás fueron dogma, ni el prójimo un instrumento, ni el despotismo, ni el gobierno en sí mismo un fin.**

**El país anda hoy sediento de virtudes elementales: justicia, honradez, paz, confianza, trabajo y libertad. Son formas de la bondad que es, en última instancia, la esencia del altruismo. Una vez lo argentinos tuvimos por presidente a un hombre bueno. Si es hondo el deterioro de la Republica se debe a que la sustancia humanista de nuestra organización social se ha perdido. Deshecha por la frustración, ella parece haberse acercado como nunca a esa tierra de nadie y de nada que la Biblia intuyo bajo el nombre de Apocalipsis.**

**A las naciones se las predica con la conducta de sus gobernantes.**

**Roguemos que no haya cundido, entre los gobernados de nuestra patria, el ejemplo de quienes la condujeron estos últimos años. Que no hayamos aprendido a asesinar para resolver nuestras discrepancias. A estafar, a mentir, a aterrar, a sobornar, a torturar y a negar nuestros actos. Roguemos**

que cunda, en cambio, el ejemplo de hombres como el que ahora perdimos y que caben cómodamente en la palabra bueno.

Con el se fue un rostro transparente. Por lo tanto, un rostro excepcional en la Argentina moderna. El rostro de un hombre que nunca recurrió al lenguaje para estafar a quienes lo escuchaban. Que jamás hablo para ocultar sino para darse a conocer entero.

Hubo en la historia del país algunos estadistas a quienes es posible imaginar de pie y sin custodia en cualquier esquina de Buenos Aires, confundidos con la marea ciudadana.

Hombres entre hombres. El fue uno de ellos.

**Todo en el remitía a las virtudes del ciudadano cabal.**

A quienes trabajan y recorren las ciudades y los campos. A quienes habitan las casas donde no hay armas ni centinelas. A quienes desconocen la retorica, la soberbia, el miedo que emana de las acciones miserables y las mediocridades del lujo mal habido. Entre los que gobernaron la Nación, hubo algunos a quienes es posible identificar con los gobernados porque fueron seres de su misma estirpe. El fue uno de ellos. Fue, como los millones que le dan forma al cotidiano del país, un presidente de todos los días.

Si como quiso el griego clásico, los muertos hablan a los vivos desde el reino de las sombras, pidamos que su voz no se aparte de la patria; que se haga oír y que respalde a los que aun creemos que la Republica es posible. Que nos alumbré para que sepamos qué no hacer, que no decir, que no creer, que no escuchar. Ya nos ocuparemos nosotros, bajo su aliento inspirador, de seguir luchando más y mejor por lo que sí cabe hacer, decir, creer y escuchar.

Y para que un día este suelo sea de contar al Dr. Arturo Humberto Illia entre quienes en el descansan en paz.

*(Nota aparecida en la revista Humor en el año 1983, a pocos días del fallecimiento del Dr. Arturo Illia, escrita por Santiago Kovadloff)*